



D. MANUEL IRADIER Y BULFI

EL 19 del presente mes ha fallecido este ilustre y esclarecido vitoriano, esta gloria alavesa indiscutible.

Mencionar el nombre de tan insigne varón, es recordar sus notables campañas en el Ateneo vitoriano, en las que, con su gran fondo científico, contribuyó al esplendoroso desarrollo cultural de una época que hizo célebre la fama intelectual de la capital alavesa, designada por alpino con el nombre sugestivo de la Atenas del Norte.

Á los diez y ocho años era D. Manuel Iradier una autoridad en ciencias geográficas, y á su iniciativa se debió la fundación de la sociedad «La Exploradora», cuyos planes no se circunscribían á la exploración y estudio de nuestro país. En 1869 expuso un plan de exploración de las *regiones desconocidas de África*, y en 1870 sometió á estudio un itinerario deviaje *desde el Cabo de Buena Esperanza á Trípoli*.

Tenemos á la vista los dos tomos de la interesante obra que, con el título «Africa. Viajes y trabajos de la Asociación euskara «La Exploradora», se publicó en Vitoria en 1887. Allí describe con emocionantes detalles sus atrevidas excursiones á los territorios del África. Quizá otro día con más pausa podamos tratar con la extensión que se merece, de este interesante período de la vida de Iradier.

Desde los tiempos del catalán Badía, que fingiéndose musulmán y con el nombre de Alí Bey procuró extender la influencia española en el Norte de África, tan solo tres beneméritos vascongados han seguido sus huellas: el vizcaíno Murga, el guipuzcoano Padre Lerchundi y el alavés Iradier.

La historia de Iradier es admirable. Con sus solos recursos emprendió la exploración de los territorios que bañan el río Muni y otros,

consiguiendo de sus jefes y caciques que aceptaron la soberanía española. En tal empresa consumió toda su fortuna y tuvo que soportar terribles fiebres, que sólo su robusta naturaleza y su energía de vasco pudieron darle fuerzas para resistir.

Un diario de la corte, hablando de la empresa acometida por Iradier, se expresa así:

«En los momentos actuales viene á dar mayor importancia á la obra de Iradier el interés con que Alemania pretende apoderarse del Congo francés, acorralando á nuestra ya casi olvidada posesión del Muni, que si no varían los destinos de España caerá inexorablemente en sus manos, porque Alemania recuerda mejor que nosotros aquellas frases del intrépido Stanley: «España posee la parte más sana y fértil del golfo de Guinea..... Las riquezas naturales que encierran las colonias españolas de Africa, las hacen una de las más valiosas del mundo».

Recuerda el colega, que el ilustre vascongado adquirió para España toda la cuenca del Muni, en una extensión de 48.000 kilómetros cuadrados, sin haber movilizad o cuerpos de ejército, ni barcos de guerra, ni á fuerza de dinero, pues no poesía fortuna, ni con auxilio de la Prensa, ajena en absoluto á sus trabajos, sino tan sólo con el trabajo perseverante de la Sociedad Exploradora fundada por él en Vitoria en el año 1871, ayudada en su última Época por la Sociedad de Africanistas de Madrid.

«Hay que remontarse, añade más adelante, á los tiempos pasados para encontrar un ejemplo semejante de entereza viril como el ofrecido por un solo hombre, que, con la vista fija en un ideal, abandonado de todos y sólo confiado en la Providencia, se interna en el país más inhospitalario, y lejos de arredrarle los continuos peligros, y sin que llegaran á abatir su vigor los accesos de fiebre que repetidas veces le privaron del conocimiento durante muchas horas, no cesa en su empeño y continúa su camino, cada vez más firme y seguro de que no le faltaba el auxilio del cielo para una empresa á la que se consideraba predestinado.

«Una vez levantado el plano de aquella región y recogidos los datos que se había propuesto, se unió á su familia en Elobey y regresó á España con el fin de formalizar la ejecución de lo que aún faltaba para completar el programa de la «Exploradora»: la anexión á España de todas las costas que en aquella época eran libres. Entonces sufrió los más amargos desengaños. La indiferencia más absoluta le recibió en las esferas oficiales, y el único apoyo que tuvo fué el de la naciente Socie-

dad de africanistas, con ayuda de la cual abrió una suscripción encabezada por el rey, en la que Bilbao tomó parte principal, logrando que alcanzara la cifra de 37.000 pesetas.

»Estando en los preparativos finales supo por una confidencia que el teniente Cameroon, en nombre de Alemania, preparaba la anexión del territorio que hoy lleva su nombre, y, sin esperar más, desalentado, partió para el Muni en Julio de 1884, llevando consigo al doctor Ossorio, que se ofreció á acompañarle. Ya no era tiempo. Alemania, en la primera quincena de Agosto, había adquirido la costa del centro del golfo de Guinea, llegando por el Sur hasta el río Benito, y Francia estaba dispuesta á extender sus dominios del bajo Congo cogiendo el Muni y cuanto quedara libre.

»Llegados nuestros viajeros á Fernando Póo, y unido á ellos el notario de aquella colonia y un marinero de la Armada, con una escolta de ocho negros, pertenecientes á diversas tribus, para las cuales habían de servir de intérpretes, extendieron en breve plazo más de cien contratos de sumisión á España con otros tantos reyezuelos de las tribus Vengas, Itemus, Vicos, Pongües, Bakolos, Pamúes (antropófagos) y Bundemus, obteniendo este éxito indudable como resultado definitivo de la obra de atracción ó penetración pacífica realizada años antes por un solo hombre: MANUEL IRADIER.

»Una vez conseguido esto, regresó precipitadamente á España extenuado por los sufrimientos y á punto de sucumbir; entregó todos los papeles en Madrid y se presentó en su pueblo natal, dando origen á una expontánea y popular manifestación de simpatía.»

Las atrevidas exploraciones de este bravo é inteligente alavés, están descritas en una obra titulada «Africa tropical», monumento de gloria que honra la memoria de este insigne explorador.

Cuando más llegan á preocupar las conquistas de este ilustre alavés, ha fallecido en Balsain (Segovia), á los 57 años de edad.

Quiera el Ciclo misericordioso otorgar á D. Manuel Iradier el justo premio que el mundo le negó en vida.

J. B.

